

EL ORÁCULO DE LA POSDEMOCRACIA¹

El magistral estudio que Sheldon Wolin hace de Tocqueville es la culminación de un notable corpus de trabajo sobre la historia del pensamiento político, cosecha de cuatro décadas de dedicada reflexión. *Politics and Vision*, publicada al final de la era de Eisenhower, en 1960, fue el hito que definió esta empresa. En él, Wolin analizaba casi toda la historia de la filosofía política con el objetivo de demostrar el papel que sus textos canónicos habían desempeñado en dar marco –o alternativamente limitar– las interpretaciones sobre lo que estaba en juego en las guerras civiles, desde la época de la polis clásica hasta el momento culminante del bolchevismo. En los exhaustos tiempos posteriores a estas inmensas luchas, sostenía, el pensamiento contemporáneo se enfrentaba a una situación realmente nueva: el eclipse prácticamente completo de lo político, como variopinta tradición de discurso cívico, por un nuevo orden: la gestión pseudoconsensuada de la sociedad de masas. Los principales textos del programa clásico trataban sólo de manera irregular, o no trataban en absoluto, los peligros de esta eliminación de la política. Ahora era imperativo interpretarlos a contrapelo, para poner más de manifiesto los problemas sin precedentes de las apáticas democracias, que él posteriormente denominó más adecuadamente posdemocracias.

En *Tocqueville Between Two Worlds*, Wolin introduce esta línea de interrogación para tratar de Alexis de Tocqueville. La forma de su libro es, como él explica, inusual. No es directamente un estudio de textos, ni una biografía intelectual común. Aunque su objetivo principal son los dos volúmenes de *La democracia en América*, Wolin presta también cuidadosa atención a los trabajos penales de Tocqueville, escritos en colaboración con su amigo Beaumont, y considera sus memorias sobre la revolución de 1848. Trata *El Antiguo Régimen y la revolución* mucho más someramente, y omite por completo la implicación de Tocqueville –una preocupa-

¹ Sheldon WOLIN, *Tocqueville Between Two Worlds: The Making of a Political and Theoretical Life*, Princeton, Princeton University Press, 2001.

ción fundamental bajo la monarquía de julio— en la conquista francesa de Argelia. Biográficamente, Wolin esboza las principales fases de la carrera de Tocqueville, sin explorar en gran detalle las influencias intelectuales que recibió, ni abordar el problema existencial que supusieron las torturadas relaciones de Tocqueville con la doctrina cristiana. Lo que *Tocqueville Between Two Worlds* ofrece, por el contrario, es una crítica deslumbrante a la trayectoria teórica de Tocqueville, iluminada por el trasfondo de su carrera pública.

La carga iconoclasta del libro se puede comparar con la actual apoteosis del diputado de Valognes. Históricamente, Tocqueville siempre ha disfrutado de una merecida fama de importante pensador. En 1835, el primer volumen de *La democracia en América* era ya un superventas. Pero su prestigio aumentó espectacularmente con la reacción neoconservadora que se produjo tras la turbulencia política de la década de 1960. Las versiones francesa y estadounidense de esta creencia encontraron en Tocqueville al perfecto teórico de un programa antirradical convergente: como enemigo tanto de la virtud revolucionaria como del consumismo emancipado, podía fortalecer los agitados nervios de los dirigentes políticos de París y de Nueva York. En Francia, el antiguo comunista François Furet, invalidando la hegemonía de la historiografía marxista sobre la Revolución Francesa —pronto lo siguieron los *nouveaux philosophes*— saludó a Tocqueville como un sobrio desmitificador de las peligrosas mitologías de la imaginación revolucionaria, un verdadero profeta del Gulag. Aquí el texto clave, obviamente, fue *El Antiguo Régimen y la revolución*. Los neoconservadores estadounidenses, mientras tanto, consideraron que Tocqueville era el sagaz defensor de la democracia históricamente moderada de Estados Unidos: desde su punto de vista, las concentraciones estudiantiles, las revueltas de los guetos y la revolución sexual eran el resultado de una fatal relajación de las costumbres del capitalismo rico; un problema aparentemente predicho por Tocqueville. Nadie había comprendido con más claridad el papel esencial de la religión para estabilizar cualquier democracia. El llamamiento de Daniel Bell a un «retorno a lo sagrado» —la necesidad de un reencantamiento compensatorio de la sociedad de mercado— recordaba con añoranza el mundo adquisitivo, sobrio y religioso retratado en *La democracia en América*. Los dos redescubrimientos encajaban juntos de manera natural, dado que el impulso francés por eliminar los residuos jacobinos y marxistas que habían conducido a equivocadas simpatías por la URSS durante la Guerra Fría exigía la rehabilitación de Estados Unidos como alternativa deseable. Finalmente, Furet fue tan festejado en Chicago como en París.

Hoy día, el culto a Tocqueville es muy amplio, y sus expresiones nunca han sido tan extravagantes. «*La democracia en América* es a un tiempo el mejor libro escrito sobre la democracia y el mejor jamás escrito sobre Estados Unidos» declara el distinguido constitucionalista (conservador) Harvey Mansfield, en la introducción a una nueva edición del *clásico*. «Me resultaría difícil hallar un mejor libro sobre la democracia o un mejor libro

sobre Estados Unidos», asiente el gran historiador (liberal) Gordon Word (*New York Review of Books*, 17 de mayo de 2001). El estudio de Wolin es un saludable freno a tales efusiones. Admirable desmitificación de una figura ahora casi sacrosanta, *Tocqueville Between Two Worlds* ofrece un análisis inmune a los caprichos de la notable visión de la modernidad presentada por Tocqueville. Porque, desde cualquier punto de vista, Tocqueville tiene dos irreprimibles reivindicaciones que hacerle a la realidad: fue el primero y el mayor teórico de una situación político-intelectual en la que la democracia es la única forma legítima de gobierno; relacionado con lo anterior, fue a menudo un asombrosamente agudo vaticinador de la importancia histórica mundial que tendría la expansión estadounidense. La estatura de *La democracia en América* descansa sobre estos dos logros considerables.

Wolin comienza comparando a Tocqueville con otros teóricos de la edad contemporánea. La diferencia fundamental entre Marx y Tocqueville se refiere a si la dinámica social fundamental de la modernidad se interpreta mejor en función del capitalismo o de la democracia. Hay dos razones, sugiere, para acudir a Tocqueville. En primer lugar, Marx nunca integró a Estados Unidos en su explicación del futuro histórico mundial del capitalismo, una omisión que hace peligrar todos sus pronósticos. En segundo lugar, Wollin sostiene que Marx, a pesar de su profunda comprensión del capitalismo, no puede evitar que teorizamos sobre el específico problema histórico al que se enfrentó Tocqueville: el precario *status* de lo político como zona en la que el orden de los asuntos humanos está en discusión. Marx trabajó sobre la suposición de que el desarrollo de las fuerzas productivas podría finalmente conducir a la sustitución del gobierno sobre los seres humanos por la administración de las cosas. En sí mismo, este análisis de la lucha de clases que se despliega dentro de los modos de producción, y entre ellos, no puede encontrarse en una situación comprometida en la que lo político, como posibilidad de agencia colectiva transformadora, se haya extinguido, antes de que se produzca la abolición de la propiedad privada y el Estado, porque no considera la política como forma de existencia intrínsecamente valiosa, cuya la autonomía necesite protección.

A su manera, tanto Marx como Tocqueville fueron teóricos de la transición histórica mundial a la sociedad de la clase media, así como comentaristas de los mismos hitos políticos del período transcurrido entre 1789 y 1851. Para Marx, la burguesía francesa era una clase cuya carrera política revolucionaria se había agotado en los heroicos paroxismos del jacobinismo, destinada a descender a partir de ahí al prosaico mundo de la empresa privada, una ignorante ambición y una religiosidad *bien-pensant*. La posibilidad de que se diese una representación revolucionaria burguesa dependía de altivas y en última instancia efímeras ilusiones de restaurar la antigua virtud cívica republicana. Marx estaba esencialmente de acuerdo con Benjamin Constant en que era un grandioso espejismo histórico creer que la ciudadanía antigua, como forma de vida basada en

la primacía de lo político, podía superponerse al reino privatizado de la sociedad civil burguesa, el cimiento esencial de la modernidad.

Para Wolin, la importancia de Tocqueville descansa en que se apartó del anterior consenso entre liberales y marxistas. No aceptó su veredicto sobre el destino del ciudadano en el mundo burgués. El problema histórico más acuciante según Tocqueville era la educación política de la burguesía europea en la era de la transición a la democracia. El viaje que hizo a Estados Unidos en 1831 lo convenció de que era realmente posible que las clases medias gobernasen un gran Estado, una propuesta todavía polémica en la Francia orleanista. Pero en contraste con Guizot o incluso con John Stuart Mill –un espíritu afín del otro lado del canal– no consideraba los parlamentos como campos de entrenamiento político para la nueva elite de clase media. A pesar de su posterior carrera como diputado, nunca llegó a ser un entusiasta del gobierno representativo.

¿Qué podían aprender de Estados Unidos los europeos sobre gobierno del pueblo? Las admiradas observaciones que Tocqueville hace sobre las asambleas municipales de Nueva Inglaterra no llegan a convertirse en una interpretación coherente sobre qué significa la democracia en un plano nacional más extenso. La Unión de la época de Jackson era todavía en buena parte una confederación de Estados cuasisoberanos y las reflexiones de Tocqueville sobre la política democrática estadounidense van de las asambleas locales a las de los Estados. Pero no consideró el marco federal superior que mantenía unidos a estos Estados de colonos como solución específicamente democrática. No está claro, por lo tanto, en qué nivel podían los Estados europeos hacerse democráticos imitando parcialmente a los Estados Unidos. Añadidos a estas peculiaridades constitucionales del Nuevo Mundo, estaban los despectivos juicios que Tocqueville presentaba sobre el Viejo Mundo y sobre la capacidad de los plebeyos de manejar los asuntos de Estado más allá del ámbito local. El resultado es que, a menudo, resulta difícil determinar qué entendía Tocqueville por gobierno popular, y en qué plano estaba evaluando sus resultados y perspectivas.

De hecho, toda su concepción de la democracia está enredada en una antinomia fundamental. Intentando informar sobre lo que vio en Estados Unidos a sus contemporáneos franceses, no consiguió decidir si con ello hacía referencia al gobierno participativo a escala local, o a su práctica antítesis, es decir, una condición social atomizada bajo un Estado centralizado moderno, que constituía el legado decisivo de la Revolución Francesa, en su opinión. Tocqueville no estableció, por consiguiente, una teoría sistemática de la democracia –mucho menos de la modernidad–, sino que más bien recopiló un álbum de asombrosos retratos y predicciones. (Wolin afirma que éste era un novedoso modo de teorizar, aunque se podría decir que su argumento se basa excesivamente en la etimología griega de la palabra *teoría*: ver, viajar, saber). En conjunto, cuando Tocqueville consideró la democracia en general, la Francia contemporánea

dominaba sus pensamientos, y Nueva Inglaterra se desplazaba al segundo plano. En muchos aspectos, como personificación ramificada del principio de igualdad, la concepción que Tocqueville tiene de la democracia se asemeja a la interpretación igualmente amorfa que Weber presenta de la racionalización: una sistematización isomorfa de la totalidad social –administración, derecho, economía, cultura y finalmente hasta la familia–. La igualdad que la democracia establece es una condición en la que todas las relaciones sociales se basan en el *status* uniforme de los individuos ante la ley.

La resignación de Tocqueville a esta igualdad, que lo apartó de los demás pensadores aristocráticos de su generación, siempre estuvo matizada por profundas desconfianzas sobre las consecuencias últimas de este proceso. ¿Dónde podía acabar: en una prisa ordenada por alcanzar la riqueza y una mediocre felicidad –la democracia burguesa– o en un supuesto más ominoso? «¿Creemos que después de haber destruido el feudalismo y destronado a los reyes, la democracia retrocederá ante la burguesía y los ricos?», preguntaba en la introducción a *La democracia en América*. La libertad, por contraste, suscitaba en él una devoción incondicional, por considerarla el supremo valor político, cuya importancia nunca se podría calcular en términos de costes y beneficios.

Pero la libertad que Tocqueville elogiaba no era ni antigua ni claramente moderna. Era más bien de origen feudal, enraizada en la condición autónoma de nobles, clérigos y burgueses en una época pasada. Este frágil legado de libertades particularistas estaba sitiado, pensaba él, por las pasiones niveladoras del hombre común emancipado, las cuales trabajaban al unísono con el impulso centralizador de la administración moderna que el absolutismo había puesto en movimiento. Incluso en Estados Unidos en donde todavía abundaban las libertades locales, Tocqueville distinguía los mortales indicios de este inexorable avance de la igualdad, y temía sus resultados. «Todo el libro que usted va a leer se ha escrito bajo la presión de una especie de terror religioso en el alma del autor, producido al contemplar esta irresistible revolución que durante tantos siglos ha superado todos los obstáculos, y que considero que sigue avanzando hoy día en medio de las ruinas que ha provocado». Pero la propia Providencia había condenado a la aristocracia a extinguirse. Tocqueville se daba cuenta de que su terror no era en última instancia justificable desde el punto de vista cristiano. Al contrario que la anterior generación de contrarrevolucionarios –Bonald, De Maistre– insistía en que el cristianismo defendía la igualdad de todos ante Dios; y al contrario que Nietzsche, no era capaz de abandonarlo por esa razón.

La atenuada admiración de Tocqueville por la democracia estadounidense derivaba así, en parte, de la devoción protestante que encontró en los estadounidenses de todos los niveles de vida. De hecho, una de las principales lecciones que Estados Unidos ofrecía a los franceses contemporáneos era que la democracia podía ser una sociedad estable por ser creyente.

Pero a pesar de la confesada hostilidad que Tocqueville experimentaba contra el temerario escepticismo del que se hacía alarde en los salones de la Ilustración, consideraba más agradable el legado cultural que ésta había creado en Francia que el credo recto y de aspecto tediosamente empresarial al que la mayoría de los estadounidenses parecían suscribirse. ¿Cómo podía entonces este Estados Unidos del *Farmer's Almanac* ejemplificar en su mente la asombrosa dinámica de la revolución democrática? La respuesta radica en la forma en que los abigarrados materiales de *La democracia en América* –versiones idealizadas del gobierno municipal, descripciones de un federalismo adornado y frágil, retratos anecdóticos sobre el carácter de los estadounidenses– asumen proporciones épicas, como la transformación material de un enorme continente por una anónima multitud de gente armada con hachas, periódicos y biblias. De imparables oleadas de asentamientos emergían esos monótonos paisajes que aún hoy forman el *Lebenswelt* [mundo de vida] de buena parte de Estados Unidos. Marx tenía una opinión básicamente positiva de esta expansión incesante de los límites de la sociedad yanqui, excusando el primitivismo del momento en el hecho de que estuviese todavía demasiado ocupada en transformar el mundo natural como para tener tiempo de desarrollar una superestructura más avanzada de conciencia política. Aunque el gusto clásico de Marx se hubiese sentido repelido por las estrofas demasiado efusivas de *Leaves of Grass*, de Whitman, habría reconocido como propia la visión que el poeta presenta de una modernidad prometeica:

Talamos los bosques primigenios,
 Contriaríamos el curso de los ríos, perturbamos y horadamos las minas profundas,
 Exploramos la amplia superficie, removemos el suelo virgen.
 ¡Precursores! ¡Oh, precursores!²

Por contraste, el espectáculo de esta vasta revolución secular dejó a Tocqueville frío; anticipa la visión de Baudrillard, un Estados Unidos de grandes almacenes, autopistas y grandes carteles de anuncios.

Algunos creen que las nuevas sociedades van a cambiar su aspecto a diario, pero mi temor es que acaben estando demasiados inalterablemente fijas en las mismas instituciones, prejuicios, *moeurs*; que la humanidad se pare y se mantenga dentro de unos límites impuestos por ella misma; que la mente ceda y se repliegue interminablemente sobre sí misma sin producir ninguna idea nueva; que la humanidad se agote en actividades triviales, solitarias y estériles, y que a pesar de su perpetuo movimiento, la humanidad deje de avanzar.

Desde este punto de vista, el cierre de la mente estadounidense precede a la era de la corrección política al menos en siglo y medio. Es com-

² Walt WHITMAN, «¡Precursores! ¡Oh precursores!», *Poesía completa*, Barcelona, Ediciones 29, 1977, T. II, p. 21. [N. de la T.]

previsible que los admiradores estadounidenses de Tocqueville se hayan sentido siempre desconcertados por su afirmación de que no había país en el mundo con menos independencia intelectual y libertad de discusión que Estados Unidos. Su observación, mientras contemplaba los futuros siglos estadounidenses, era a menudo muy poco serena, como si viese algo tremendamente preocupante en el horizonte. El retrato que hace Wolin vuelve a captar vívidamente su estado de ánimo al mirar al futuro: tenso, premonitorio, viviendo por anticipado una derrota espiritualmente catastrófica. En ese sentido, podemos interpretarlo –sugiere Wolin– como una crítica despiadada a la desaparición de las alternativas políticas en el ambiente neutralizador del capitalismo del consumidor. A menudo es difícil separar esta admirable intransigencia de su procedencia patricia; la independencia intelectual iba acompañada de una antigua casa familiar en el campo desde la que se podía contemplar con distanciamiento el gran cuadro político. Pero el *hauteur* de Tocqueville nunca llegó a ser pragmático: aunque el declive de su clase tentase a este vástago de una antigua familia normanda a caer en quijotescas reminiscencias del feudalismo, era demasiado realista como para darle demasiado peso. En sus viajes a Estados Unidos, no extendió el confuso sentimentalismo por un pasado perdido a los hacendados esclavistas del sur prebélico. Tocqueville condenó tajantemente la esclavitud por considerarla un ultraje, y posteriormente trabajó para abolirla, si bien gradualmente, en las Antillas francesas.

Pero aunque su rechazo de la esclavitud se acerca a las sensibilidades contemporáneas, la actitud hacia los pobres y los presos de su tiempo resuena de instintos más mezquinos hacia las hoy no tan silenciosas mayorías. Cada preso de una cárcel debería ser condenado a confinamiento en solitario. La respuesta correcta a la emergente cuestión social era una gendarmería vigilante y más filantropía cristiana. Las precavidas esperanzas que John Stuart Mill manifestó de que se produjese una aproximación entre el liberalismo y el socialismo contrastan sorprendentemente con los intentos mucho más forzados de Tocqueville de reconciliar la democracia con las incalculables reliquias políticas del Antiguo Régimen. Wolin habla sin tapujos sobre la carga intelectual de este aspecto de su obra. Tocqueville siempre escribió como si fuese uno de los últimos mohicanos, pero a pesar de su desesperación consiguió transmitir a las elites futuras una ágil enseñanza en el arte de contener revoluciones. De hecho, Wolin llega a afirmar que el efecto de buena parte de la obra de Tocqueville fue incorporar la democracia «a un proyecto oblicuamente contrarrevolucionario». Frustrado en su época, Tocqueville prevalece hoy día. Pero su victoria va acompañada por la total derrota del sueño que más amaba: una alta política para una época democrática.

La razón de este resultado, sostiene Wolin, radica parcialmente en un vacío existente dentro del propio pensamiento de Tocqueville. En su interpretación de la democracia –bien como autogobierno local o bien como sociedad uniforme y atomizada– falta cualquier concepción de la demo-

cracia como poder constituyente, capaz de hacer y rehacer órdenes políticos, es decir, la democracia como verdadera soberanía popular. Esta neutralización teórica de la democracia fue la expresión directa de un pertinaz escepticismo hacia la capacidad política de las multitudes sin rostro. Pero el aterrador debut de los *sans-culotte* en la escena política era un acontecimiento del pasado reciente. ¿Por qué, entonces, insiste en negar la posibilidad de que se repita, en lugar de hacer sonar simplemente la alarma de la reacción? Quizá porque había en él una faceta imaginativamente más cercana a la experiencia de la Primera República de lo que cualquier hijo de legitimista debería haber poseído. Era capaz de realizar confesiones sorprendentes. Enfrentado a la perspectiva de una sociedad retirada de la política, Tocqueville podía escribir con inflamatoria pasión: «Habría preferido mil veces una situación revolucionaria a nuestra actual desgracia [...] ¿Acaso nunca [*nota bene*] volveremos a ver una brisa fresca de verdaderas pasiones políticas [...], de pasiones violentas, duras, a veces crueles, pero grandes, desinteresadas, fructíferas, esas pasiones que son el alma de los únicos partidos que comprendo y a los que daría gustoso mi nombre, mi fortuna y mi vida?».

En tales momentos, resalta Wolin, «la prosa de Tocqueville es apasionada e intensa, porque capta la posibilidad de que dentro de la propia modernidad, y a pesar de la poderosa atracción por intereses y placeres privados, la política pudiera restaurarse en su categoría de centro distintivo de la vida social y esencial para el desarrollo de las posibilidades humanas». Pero a continuación señala que estos sentimientos conmovedores dependían en última instancia de la visión estilizada de una alta política, limpia del violento rencor que siempre generan los conflictos por intereses esenciales. La política desde abajo era otra cuestión, especialmente si era apasionada, dura o cruel. A pesar de todos sus lamentos por el declive de lo político, Tocqueville fue permanentemente hostil a cualquier intento de ampliarlo más allá de límites cuidadosamente delineados. Enfrentado a los intentos de los trabajadores de establecer asociaciones para reclamar sus intereses, perdió buena parte de su característica sangre fría.

La insurrección del proletariado parisino en los días de junio de 1848 constituyó una prueba básica para su adhesión a los principios democráticos: bajo la presión de la crisis, todos sus impulsos reaccionarios previamente sublimados salieron a la superficie en un impertérrito decisionismo autoritario. El diagnóstico que hizo sobre las dificultades constitucionales del Partido del Orden es una sorprendente anticipación del modo de interpretación partidista que Carl Schmitt hizo de las leyes. En todo caso, Tocqueville lo superó en pura franqueza. «El socialismo está en puertas», recordaba; era más urgente, por lo tanto, «poner un jefe poderoso a la cabeza de la república que organizar una constitución republicana». De hecho, en los acontecimientos que condujeron al 18 Brumario de Luis Napoleón, Tocqueville desempeñó un papel similar al de su admirador renano antes de la conquista del poder por parte de los nazis. En sus memorias, Tocqueville resaltó la estima que le tenía el dictador en cier-

nes: «Creo que de todos sus ministros, y quizá de todos los hombres que no querían tomar parte en esta conspiración contra la república, yo era el más avanzado en sus favores, a quien él consideraba más cercano, y el más capacitado para juzgarlo». Tocqueville ayudó a investir con enormes poderes la presidencia de la naciente Segunda República bajo su nueva constitución, y después aconsejó a Luis Napoleón que infringiese esa misma constitución e intentase conseguir un segundo mandato. Posteriormente se sintió amargamente desilusionado por el resultado. Reflexionando sobre tales paralelos, Schmitt tuvo buenas razones para expresar una nostálgica identificación con Tocqueville, después de que el Tercer Reich se hubiese convertido en el Segundo Imperio.

En su breve titularidad como ministro francés de Asuntos Exteriores, en 1849, Tocqueville ayudó a establecer las directrices para la posterior diplomacia de Napoleón III: apoyo retórico a la libertad, apoyo real a sus enemigos. En Roma, esto significó la horca para aquellos que, en nombre de la libertad, se levantaron en armas contra el Papa. Estaba bastante dispuesto a concebir el saqueo y la destrucción de la ciudad, a echar abajo la república de Garibaldi; si eso fuese necesario, dijo, «no tengo dudas». Aunque su evaluación retrospectiva de la política de la Segunda República francesa no se alejaba demasiado de la de Marx —baja tragedia interpretada por actores de provincias—, no fue capaz de ver el papel que él había desempeñado para levantar el escenario en el que un mediocre estafador consiguió dominar a todas las celebridades políticas del *juste milieu* parlamentario. Al revisar este capítulo de su carrera, Wolin le ahorra a Tocqueville la salvaje ridiculización de Marx, o incluso de Flaubert. En la palidez e inanidad de su actuación, no es infrecuente que Tocqueville parezca salir de las páginas de *La educación sentimental*.

En medio de la complacencia y el agotamiento en que se sumió Francia tras el establecimiento del Segundo Imperio, Tocqueville volvió a preguntarse por el servilismo de la democracia moderna, más dispuesto a votar a un señor advenedizo que a respetar la distinción de las antiguas familias. Pero en *El Antiguo Régimen y la Revolución Francesa* este familiar estribillo se ve frecuentemente interrumpido por la premonición de que Europa podría estar entrando en una era, no de apatía popular, sino de revoluciones permanentes; no de lenta homogeneización social, sino de violentos levantamientos y transvaloraciones, con la propagación de una nueva religión mundial que promete una completa transformación de la condición humana. Tal visión del futuro concedió una ominosa grandeza a la revolución que había inaugurado la era democrática. «Fue algo realmente novedoso: una revolución política que buscaba prosélitos por todo el mundo y se aplicaba con el mismo ardor a convertir tanto a extranjeros como a compatriotas». Tocqueville contemplaba con nostalgia el total abandono del ímpetu de 1789 por las clases superiores, pero señalaba con considerable trepidación el avance que estaban experimentando las capas más bajas de la sociedad:

Entraron en escena revolucionarios de una especie hasta ahora desconocida: hombres que llevaban la audacia hasta el borde de la misma locura; que no eludían ninguna innovación y que, libres de escrúpulos, actuaban con una crueldad sin precedentes. Y estos extraños seres tampoco eran meros entes efímeros, nacidos de una breve crisis y destinados a morir cuando finalizase. Fueron, por el contrario, los primeros de una nueva raza de hombres que después prosperaron y proliferaron en todas partes del mundo civilizado, conservando siempre las mismas características. Estaban ya aquí cuando nosotros nacimos y siguen con nosotros.

El formidable retrato que Wolin hace de Tocqueville, abrumadoramente centrado en *La democracia en América*, no considera la importancia de estas formulaciones posteriores, relegando *El Antiguo Régimen y la Revolución* a la categoría de código reaccionario tardío. Pero este libro ofrece a menudo indicaciones más claras de lo que se desprendería de la reactivación de lo político que el primero. Las últimas líneas de *Tocqueville Between Two Worlds* expresan con denuedo las consecuencias del eclipse total de la soberanía popular por su simulacro atomizado:

Lejos de ser valorado como símbolo de una aspiración a la democratización del poder y a una sociedad participativa de iguales políticos —la democracia como sujeto—, las elites de poder contemporáneas han llegado a considerar la democracia como un mito maleable aunque indispensable para promover los intereses políticos y económicos de Estados Unidos entre las sociedades premodernas y posttotalitarias. En el propio país, la democracia no se promociona como autogobierno de una ciudadanía involucrada, sino como oportunidad económica. La oportunidad sirve de medio para implicar al pueblo en la antidemocracia, en un sistema político y económico que se caracteriza por el poder dominante de organizaciones jerárquicas, diferencias de clase cada vez mayores, y una sociedad en la que el elemento hereditario está confinado a sucesivas generaciones de pobres indefensos.

No está claro si Wolin considera a Tocqueville el maestro pensador de esta situación posdemocrática. Los llamamientos a una vuelta de lo político al centro estructurador de una vida en común son encomiables. Pero para que la política sea un asunto serio y urgente, debe haber una perspectiva de que existan formas sociales alternativas por las que luchar. Tocqueville quería lo uno sin lo otro, y éste sigue siendo el sueño de los conservadores hoy día. Marx quizá haya carecido de un sentido comparable del valor de la política como libre deliberación y voluntad, pero no cometió este error.